

**Lucie Ernestine Marie Bertrand de Beauvoir** (París, 9-enero-1908, 14-abril-1986) fue una filósofa, profesora y escritora francesa. Asimismo, una activista feminista. Escribió novelas, ensayos, biografías y monografías sobre temas políticos, sociales y filosóficos. Su pensamiento puede definirse como una filosofía de la libertad y el compromiso ético. Su obra *El segundo sexo* se considera fundamental en la historia del feminismo y ella misma es catalogada como la fundadora del feminismo contemporáneo. De Beauvoir tuvo un papel determinante en la legalización del aborto en Francia. Fue pareja del también filósofo Jean Paul Sartre, Premio Nobel de Literatura y padre de la corriente filosófica del Existencialismo. Su infancia y adolescencia se desarrollaron en el marco de una familia burguesa con moral cristiana muy estricta. Pero muy pronto, con 14 años, se rebeló contra la fe familiar, declarándose atea, lo que disgustó profundamente a su madre, mujer de hondos sentimientos religiosos. Ese enfrentamiento se refleja en el libro que vamos a comentar.

El libro autobiográfico que nos ocupa se titula *Una muerte muy dulce*. En ella, Simone de Beauvoir narra, con todo tipo de detalles, las vicisitudes presentes en la muerte de su madre, así como las variadas reflexiones que esta amarga situación le suscita. Fue escrito en el año 1964 y es considerado uno de los libros autobiográficos más importantes de Simone de Beauvoir. La narración es de una literalidad aplastante. Todo se va contando sin escatimar detalles, a veces con un realismo no exento de crudeza.

Aunque la narración es continua (la autora no separa por capítulos), podemos distinguir perfectamente los hipotéticos capítulos que la autora podía haber considerado.

**1ª parte.** En las primeras páginas alterna el episodio de la caída de su madre y su internamiento en un hospital debido a la ruptura del cuello del fémur, con algunas consideraciones sobre la vida de su madre. En el hospital hay dudas sobre qué hacer, pues el fémur sólo se había desplazado. Con tres meses de reposo se arreglaría, pero claro, tres meses de reposo en una persona mayor podría ocasionar escaras y otras complicaciones. Al mismo tiempo, antes de que se cayese, algunas personas, entre ellas la propia autora, habían notado deterioro en su madre: ojeras violetas, nariz contraída, mejillas hundidas. Su médico no le daba importancia: pereza intestinal, trastornos normales del hígado. Y le recetaba algunas medicinas. La llevaron a un radiólogo, debido a problemas intestinales, pero no vio nada. El caso es que, tras la caída, en el hospital, los males intestinales se iban acrecentando poco, de forma variable, unos días estaba mejor, otros peor. La atendían con suma solicitud.

Es curioso lo que la autora dice en la 4ª página: *"Me conmoví poco. A pesar de su invalidez, mi madre era sólida. Y a fin de cuentas, tenía edad de morir"*.

Un detalle no menor es el de la pesadilla que tiene su madre en el hospital, debido a su miedo a la muerte, que en realidad es al proceso de morir. Pienso que eso es lo que nos lleva a los que estamos aquí a defender la muerte digna, a que el sufrimiento de ese tránsito sea lo menor posible.

La madre tiene 78 años. "Es mucha edad", dice. Estamos en los años 60 del pasado siglo. Ahora mismo no pensamos así. Los setentones y setentonas pensamos que aún somos unos jovencitos. Estamos aquí en el Centro de la Juventud. Lo hemos colonizado.

La autora recuerda cómo su madre supo rehacer su vida tras la muerte de su marido.

En la clínica, la autora siente un rechazo al ver el sexo de su madre y no ve bien la falta de pudor de su madre, cosas de la edad. Quienes hemos atendido a nuestro padre o nuestra madre en circunstancias parecidas comprendemos ese rechazo irracional, quizás debido a nuestra educación.

**2ª parte.** La autora, en esta segunda parte, se centra más en la clínica y en la enfermedad de su madre. Por primera vez, percibe en su madre “un cadáver en ciernes”. Es interesante cómo, en la página 8, describe el “desfile” de médicos (la “élite, los llama; creo que eso, hoy en día ha cambiado un poco), que contemplan desde su altura a una inválida anciana que inspira a su hija, por primera vez, solidaridad y compasión debido a la lucha que sostiene frente a la situación. Pero sí tiene simpatía por las enfermeras, que sabían calmar a su madre sin mostrar superioridad.

Los médicos empiezan a sospechar de algo más y quieren hacerle una radiografía de estómago e intestinos.

Simone ve alarmada, tras unos días que no pudo ir a la clínica, que su madre ha adelgazado mucho. Y por fin llega el diagnóstico: tumor canceroso en el intestino, posiblemente lo que ahora llamaríamos tumor maligno de colon.

El doctor N., siempre interesado en prolongar la vida de la forma que sea, dice que le va a instalar una sonda nasogástrica. Poupette, sobrenombre cariñoso con el que la autora llama a su hermana, se opone, porque, dado que ya no hay remedio, **no quiere que torturen a su madre, sino que la dejen morir en paz.** [Este es un asunto muy importante para nosotros, con el que siempre estamos a vueltas, el del **encarnizamiento terapéutico**]. Pero el doctor N. replicó tajante: “... hago lo que debo con la sonda, que es succionar materia. Más adelante les dice: “Al amanecer apenas le quedaban cuatro horas de vida. La he resucitado”.

Secretamente, una enfermera les dice: “No dejen que la operen”. Pero claro, tienen aún la esperanza de que sea una peritonitis y no se oponen a la operación.

Al operarla, se confirma el diagnóstico: extraen un enorme tumor canceroso.

**3ª parte.** La compasión desgarró a Simone y comienza a recordar la vida de la madre, llena de amarguras en su niñez y celos en su matrimonio. Es curioso que la autora disculpe a su padre, el cual, tras diez años de matrimonio, alguna noche se va con prostitutas y engaña a su madre diciéndole que ha ido a jugar al póker. La autora exclama: “El matrimonio burgués es una institución contra natura”. Cuenta las contradicciones de la madre, así como las intromisiones en su vida, debidas a sus complejos frente a la hija, pero también resalta su generosidad y la defensa que hace frente a terceros de ella y de su hermana. Es muy interesante lo que dice de la infancia de su madre: “En su infancia comprimieron su cuerpo, su corazón y su espíritu bajo un arnés de principios y prohibiciones”. [Me ha recordado el nacionalcatolicismo del franquismo].

**4ª parte.** Simone adquiere conciencia de la nueva situación en la que se encuentra: “Antes... los dramas acaecían detrás de las puertas cerradas... Desde este momento, uno de esos dramas es el mío”. Su hermana tiene una preocupación: ¿Qué le dirán a la madre? Respuesta del médico: “No se inquiete. El enfermo siempre se cree lo que se le dice.” [La antigua concepción de que el enfermo nunca debe decidir nada. Las decisiones las toman el médico y el cura.]

La madre sigue creyendo que la han operado de peritonitis Y dice: “Qué suerte. La presencia en la clínica me ha salvado. No estoy abandonada.” Y está feliz tras la operación. Hace proyectos. Simone y Poupette reflexionan: “¿Vale la pena haberle prolongado la vida?” Y ven a su madre como una “cámara mortuoria”.

Le ponen enemas para comprobar el tráfico intestinal. La están torturando inútilmente de manera continua. De nuevo hay polémica con el doctor N. por el **encarnizamiento terapéutico**.

Parece un esqueleto. Se va llenando de escaras. Cualquier cosa que se le hace comporta un sufrimiento grande. La autora siente **remordimiento por haber dejado que la operaran**. Y le indigna **la inercia de todo el mundo** cuando se presentan estos casos. Y habla de las dos alternativas: operación o **eutanasia**. [Los médicos no la habrían autorizado y la enferma habría sufrido mucho con la oclusión intestinal. La solución podría haber sido el coma inducido, como una enferma de la que se habla en el relato, pero en este caso no lo consideran.] Cuenta el caso de un tío suyo con cáncer terminal de estómago. Durante varios días había aullado: “Terminen conmigo. Denme mi revólver. Tengan piedad de mí.” Y la autora se pregunta: “¿Mantendría el doctor P. su promesa de que su madre no sufriría?”

Reflexiona la autora sobre el comportamiento de su madre ahora: “Su deber primordial era restablecerse, es decir ocuparse de sí... se había liberado de sus resentimientos. Su belleza y su sonrisa habían resucitado expresando un pacífico acuerdo consigo misma, y en el lecho de la agonía una especie de felicidad.”

No reclamó la visita del confesor. No obstante, el cura se presentó. Pero Poupette no le dejó entrar.

**5ª parte.** Se precipitan los acontecimientos. Avisan a Simone urgentemente a Praga. Comprueba el **encarnizamiento terapéutico: transfusiones dolorosas**. Poupette se opone. Hay trifulcas con el doctor N., ya que, además, había creado una fístula para desalojar el intestino, puesto que había que evitar una nueva oclusión. Pero dada la edad, la evolución podía ser lenta. La madre pide cada vez más calmantes y pregunta por primera vez: “¿Crees que saldré de esta?” Su necesidad primordial es la esperanza y nadie se atreve a decirle la verdad. [Buen tema para debate. ¿Debe decirse la verdad a estas alturas de la enfermedad?]

Hay un inciso en el texto, con reflexiones de la autora:

Dado que Simone era el “sostén de la familia”, su madre pasaba por alto, aunque en el fondo no le gustara, su unión libre con Sartre, su ateísmo, su feminismo, etc ... Por ser escritora, su madre la veía distante, no así a su hermana, con la que tenía más confianzas. Siguen varias páginas en las que la autora sufre mucho por las distancias entre su madre y ella. La madre le dice una de las veces: “Ya sé que no me crees inteligente”. Hay una especie de bloqueo sentimental entre ambas.

A pesar las mil calamidades que está pasando su madre (dolores de brazos y piernas, intestinos paralizados, tubos y sondas, transfusiones dolorosas), le pregunta a su hija: “¿Crees que podré retomar una vida normal?” Y dice la autora: “El paso de mamá a un cadáver vivo se había operado definitivamente”.

Un nuevo inciso: La autora cuenta sus sensaciones. Cuando sale a la calle para ir al hospital o volver del mismo, le da la sensación de que la ciudad es un decorado con figurantes. Soporta las conversaciones de los visitantes y de las enfermeras, pero tiene la impresión de estar representando una comedia. A ella y a su hermana le agotaban “las agonías de mamá y sus

resurrecciones, así como nuestra propia contradicción”. Deseaban que falleciera ya para que no siguiera sufriendo, pero vigilaban noche y día que no le pasara nada, tenían miedo al espasmo final.

**6ª parte.** Se agrava aún más su situación: “le brotaba agua por los poros, casi no orinaba ya y un edema le hinchaba la carne”. Tiene “subidas y bajadas”. Le preguntan al doctor N.: ¿Es el fin? Y este contesta muy contento: “¡Oh, no, la hemos reanimado muy bien!”

Su madre ya no volvió a pedir un espejo. Pero dentro del desastre total en el que se encontraba, seguía creyendo que mejoraría. Le piden al doctor N. que le ponga tantas inyecciones de morfina como sean necesarias. Pero este les contesta: “¡Se va a convertir en una verdadera drogada!” Y luego afirma: “Hay dos puntos sobre los cuales un médico que se respete no transige: la droga y el aborto”. [Lamentablemente, todavía quedan muchos médicos así. Tenemos sucesos recientes muy elocuentes.]

Un nuevo inciso:

“Dura la tarea de morir cuando se ama tanto la vida”, piensa Simone. Los médicos le dicen a las hermanas: “Puede durar dos o tres meses todavía”.

Escaras en carne viva, aspecto lastimoso, cuerpo despellejado. El ácido úrico se le filtraba a través de la piel y las enfermeras se quemaban los dedos cuando le cambiaban la sábana. Su madre gemía: “No puedo más, no aguanto más”. **La autora, desesperada, exclama: “Ya no comprendía a los médicos, ni a mi hermana, ni a mí misma. Nada en el mundo podía justificar estos instantes de vana tortura.** En este momento le surgen dudas terribles. Una de las enfermeras le dice a Poupette, que no pueden ponerle ahora más inyecciones, porque si lo hacen, el día que le lleguen los dolores fuertes, la morfina ya no le hará efecto.

Le dicen al doctor P.: “Usted dijo que no sufriría”. Y éste contesta: “No sufriré”. A este despropósito se suma otro del doctor N., que les dice que ahora no hay que volver a operar: “No demoraremos su muerte.” Las hermanas palidecen y dudan ya sobre lo que pueda pasar. Poupette le dice a su hermana: “Le he visto el vientre. Es espantoso. **Se está pudriendo viva.**”

**7ª parte.** Por fin muere. Y en el momento más inesperado, con Simone en su casa descansando. Muere en presencia de Poupette. Describe la autora en la página 37 todos los pasos. Dice cosas incoherentes, pero pronuncia la palabra muerte. A continuación tiene un espasmo y entra en coma. Le late aún el corazón, se queda con los ojos vidriosos y muere. **"Los doctores decían que se iba a apagar como un cirio. No ha sido así, no ha sido así en absoluto", dijo mi hermana sollozando. "¡Pero señora -le contestó la enfermera-, le aseguro que fue una muerte muy dulce!"**

Nunca pidió un confesor, a pesar de sus sentimientos religiosos. Siempre pidió ayuda para sanar.

En la página 38 hay una reflexión interesante de la autora sobre la religión: “La inmortalidad, no importa si la imaginamos celestial o terrenal, es incapaz de consolarnos de la muerte cuando se ama tanto la vida.”

Hay en la página 39 una frase, que yo considero un gran egoísmo de la autora, pues dice que el aplazamiento, o sea las cuatro semanas que su madre estuvo sufriendo como un perro sarnoso en la clínica, les produjo a las dos un “beneficio indudable”, pues “nos ha salvado del remordimiento... sin nuestra vigilancia empeñada, ella habría sufrido mucho más”. Aunque por otro lado hay que admirar la indudable sinceridad de la autora.

En esa misma página, la autora también reflexiona sobre las agonías terribles de personas a las que no se les presta la debida atención médica, personas que están en salas colectivas de hospital donde ven morir previamente a otras personas y ellas van después. Es indudable que, comparativamente, la autora y su hermana procuraron a su madre una muerte mejor. Su madre estuvo en una clínica privada, con una habitación exclusiva para ella y las dos hijas todo el rato junto a ella. La autora pagó la cuenta, era la que más dinero tenía de la familia. Simone se enorgullece de que ella y su hermana estuvieran permanentemente al tanto de lo que su madre necesitaba. Y por eso piensan que, a pesar de todo, tuvo una muerte muy dulce. **[Yo discrepo de ese pensamiento de Simone de Beauvoir. Pienso que los médicos debían haber ofrecido a las hermanas la posibilidad de haber puesto en coma inducido a su madre desde que se tuvo conciencia de lo que se avecinaba. En relación a este punto podremos debatir.]** Desde las posibilidades actuales, no es una muerte muy dulce. Ahora bien, quizás enmarcándola en la época sí.

Las páginas que siguen narran las fases normales tras el fallecimiento de un ser querido, las reflexiones que suscita, los recuerdos, en fin el duelo normal. Cabe resaltar el descubrimiento que hace la autora de unas cartas, una de un jesuita y otra de una amiga, en las que aseguran a su madre que ella, Simone, algún día volvería a Dios.

Y por último, exponer las últimas palabras de la autora, una reflexión filosófica sobre la que vale la pena detenerse:

*“No existe muerte natural: nada de lo que sucede al hombre es natural puesto que su sola presencia cuestiona al mundo. Todos los hombres son mortales: pero para todos los hombres la muerte es un accidente y, aun si la conoce y la acepta, es una violencia indebida.”*

Andrés Acosta González